

el hombre será feliz cuando no tenga soberanos que le abrumen y le tiranicen ni sacerdotes que le amenacen con el infierno.

Sin duda que no necesita tiranos, ni fanáticos, pero sí una religion porque tiene un alma y es preciso que conozca á Dios.

Hé ahí porque siguiendo atentamente el movimiento político que se efectuaba en Europa y viendo cuan quiméricos habian sido mis sueños de un dia, cuan imposible era sembrar y recoger en tan corto espacio, cuan léjos de su objeto iban á pasar los hombres de accion por la necesidad del momento y cuan preciso era inclinarse á derecha é izquierda antes de dar un paso por esa aun no trillada via, me reconcilié con mi suerte, y reconocí que no era yo uno de aquellos. Aun cuando sintiese dentro de mí una pasion hácia el bien, perseverancia y energía mi vida se habia entregado demasiado á la reflexion; habia abrazado la de la humanidad entera con miras demasiado extensas, para hacer, con el hacha en la mano, el oficio de azadonero en una selva de cabezas humanas. Compadecia y respetaba á esos trabajadores, que resueltos á sembrar la tierra y semejantes á los primeros cultivadores, echaban abajo las montañas, rompian las rocas, y sangrientos entre zarzas y despeñaderos, herian sin debilidad, sin compasion al temido leon y al tímido ciervo. Era preciso disputar el suelo á razas devoradoras, era indispensable fundar una colonia humana en el seno de un mundo presa de los ciegos instintos de la materia. Todo era permitido, porque era todo necesario. Para matar el buitre, el cazador de los Alpes se ve obligado tambien á atravesar el cor-

derillo que tiene entre sus garras. Las desgracias privadas destrozan el alma del espectador, sin embargo la salud general hace inevitables esas desgracias. Los excesos y los abusos de la victoria no pueden imputarse ni á las causas de la guerra, ni á la voluntad de los capitanes. Cuando un pintor representa en un lienzo grandes proezas, se ve obligado á diseñar en el primer término, ciertos detalles extraordinarios que nos conmueven penosamente: aquí los palacios y los templos se desploman entre las llamas; allí los niños y las mujeres aparecen trituradas bajo los piés de los caballos, mas allá espera un valiente encima de las rocas teñidas con su sangre. Sin embargo el triunfador se destaca en el centro de la escena, rodeado de una falange de héroes; la sangre vertida no empaña su gloria; conócese que la mano del Dios de los ejércitos se ha levantado ante ellos y los rayos que brillan en sus frentes anuncian que han cumplido una santa mision.

Tales eran mis sentimientos hácia esos hombres entre los cuales no quise colocarme; los admiraba, mas comprendia que no podia imitarles porque eran de una naturaleza diferente de la mia. Ellos podian ejecutar lo que yo no podia porque no pensaba como ellos podian pensar. Abrigaban la heroica pero romántica conviccion de que tocaban á su fin y que un poco mas de sangre vertida les traeria el reino de la justicia y de la virtud. Era este un error del cual no podia yo participar porque colocado en lo alto de la montaña, veia lo que ellos no podian distinguir á través de los vapores de la llanura y de la humareda de la batalla; error santo sin el cual no hubiera podido imprimir al mundo el gran

movimiento que debía sufrir para evadirse de sus trabas! Para que llegue á buen fin la marcha providencial del género humano es necesario que existen dos clases de hombres en cada generacion; los unos henchidos de esperanza y de ilusion que trabajan para producir una obra completa; los otros previsores, pacientes, llenos de seguridad que trabajan para que esa misma obra sea apreciada, aceptada y continuada sin desaliento aun en el caso mismo de que parezca haber abortado. Los unos marineros, los otros pilotos; estos ven los escollos y los señalan, aquellos los evitan ó van á estrellarse en ellos segun el viento del destino les arroje hácia su salvacion ó hácia su ruina y sea lo que fuera de unos y otros, el buque anda y la humanidad no puede perecer ni detenerse en su eterna carrera.

Era pues yo demasiado viejo para vivir en lo presente y demasiado jóven para lo pasado. Hice mi eleccion: proseguí de nuevo mi vida de estudio y de meditacion filosófica. Volví á empezar todos mis trabajos considerándolos con razon como incompletos; volvía á leer con austera paciencia cuánto había leído con impetuosa avidez. Quise medir otra vez la tierra y los cielos, la criatura y el creador, sondear los misterios de la vida y de la muerte, buscar la fé de mis dudas, reedificar cuánto había destruido y construido sobre nuevas bases. En una palabra, traté de revestir la Divinidad de su sublime misterio con la misma perseverancia que había puesto para despojarla de él. Entonces fué cuando conocí cuanto mas difícil es edificar que derruir. Un dia basta para arruinar la obra de muchos siglos. En la duda y en la negacion había andado á pasos agigantados, para

rehacer un poco mi fé empleé muchos años. ¡Y qué años! ¡qué llenos de fatigas, de incertidumbres y de penas! Cada dia ha sido señalado por lágrimas, cada hora por combates. Angel, créelo, el mas desgraciado de los hombres es el que se ha impuesto una tarea inmensa, que ha comprendido su extension é importancia, que no puede hallar fuera de ella su satisfaccion, ni reposo y que conoce que sus fuerzas le engañan y su poder le abandona. ¡Oh! sin ventura, entre todos los hijos de los hombres el que sueña poseer la luz negada á su inteligencia! ¡Oh! infeliz entre todas las generaciones la que se agita y destroza para conquistar la ciencia prometida á mejores siglos! Colocado en un suelo movedizo, hubiera querido construir un santuario indestructible; pero faltábanme para ello así los elementos como la base. Mi siglo tenia nociones falsas, conocimientos incompletos, juicios erróneos, así acerca de lo pasado como de lo presente. Sabíalo aun cuando obraban en mis manos, los documentos reputados por mas perfectos de mi época sobre la historia de los hombres y de la creacion: sabíalo, porque sentía en mí una omnipotente lógica, á la cual todos esos documentos en que yo hubiera querido apoyarla venian á dar un desconsolador mentís. ¡Oh! si en alas del pensamiento hubiese podido trasportarme al manantial de todos los conocimientos humanos, explorar la tierra por toda su superficie y hasta el fondo de sus entrañas, interrogar á los monumentos de lo pasado, buscar la edad del mundo en las cenizas que guarda el vasto sepulcro de su seno, y en las ruinas de innumerables generaciones han sepultado el recuerdo de su existencial

Pero era preciso contentarme con las observaciones y conjeturas de sábios y viajeros, cuya incompetencia, presuncion y ligereza conocia. Habia momentos que enardecido por mi conviccion, estaba resuelto á irme en clase de misionero á fin de escrudiñar todos aquellos restos que no habian sido comprendidos, ó à desenterrar todos aquellos tesoros ignorados, cuya existencia ni aun se habia sospechado. Pero ya era viejo, mi salud, que con el ejercicio y el aire libre de las montañas, habia mejorado, volvió á alterarse de nuevo con la humedad del claustro y las vigiliias del trabajo. Y luego ¡cuanto tiempo no hubiera necesitado para recorrer una imperceptible punta de ese velo que me ocultaba el universo! Por otra parte no era yo hombre propio para entrar en pormenores y esas pesquizas perseverantes y minuciosas que yo admiraba en los hombres puramente estudiosos no eran para mi carácter. Yo no era hombre de accion ni en política, ni en ciencia. Sentíame llamado á cálculos mas extensos y mas elevados, hubiera querido manejar inmensos materiales, edificar con el fruto de todos los trabajos y de todos los estudios un vasto pórtico que sirviese de entrada á la ciencia de los futuros siglos.

¶ Era yo hombre sintético mas bien que analítico. Ansiaba sacar conclusiones de todo, y concienzudo hasta el martirio, no pudiendo aceptar nada que no satisfaciese á la vez mi corazon y mi inteligencia veíame condenado á un eterno suplicio. La sed de verdades inextinguible y cualquiera á quien no satisfagan los juicios del orgullo, de la pasion, de la ignorancia, está llamado á sufrir incesantemente. ¡Oh! exclamaba yo amenudo ¿por qué no he ser

un cartujo embrutecido por el miedo del infierno, destinado á cavar, como una bestia de carga, un pedazo de tierra para hacer crecer en él unas cuantas legumbres esperando obonarla con mis despojos? ¿Por qué todos mis quehaceres en este mundo no se reducen á recitar oficios hasta la hora del descanso, y manejar una azada para conservar mi apetito ó rechazar el pensamiento importuno y llegar ya en esta vida á un estado de muerte intelectual?

Sucedíame á veces volver los ojos hácia aquellos de nuestros monjes que por excepcion eran sinceramente devotos: Ambrosio, por ejemplo, que el año pasado vimos morir en olor de santidad, como dicen los frailes y cuyo cuerpo estaba enjuto por los ayunos y las maceraciones, aquél era seguramente un hombre de buena fé; muchas veces me habia inspirado envidia. Una noche se me apagaba la lámpara, cuando aun no habia concluido mi trabajo; busqué luz en el claustro y víla en su celda: la puerta estaba entreabierta, penetré en ella sin hacer el menor ruido para no molestarle, que lo suponía abismado en sus oraciones. Halléle dormido en la cama, la lámpara estaba colocada en una mesita muy cerca del lecho y en frente de los ojos del ascético. Hacia mas de cuarenta años que tomaba esta precaucion para no dormirse demasiado profundamente y no faltar ni un minuto á las horas de los oficios. La luz cayendo á plomo en sus marchitas facciones formaba cierto claro oscuro que ponía mas de relieve los estragos de aquel su voluntario padecimiento. No estaba acostado, sino apoyado en la cama y enteramente vestido á fin de no perder un momento en inútiles cuidados. Gran rato estuve mirando aquella cara

larga y estrecha, aquellas facciones enflaquecidas por el ayuno del espíritu mas aun que por el cuerpo, aquellas mejillas pegadas á los huesos de una faz semejante á pergamino, aquella frente alta, amarilla y reluciente como la cera.

Verdaderamente, aquel no era un hombre, sino un esqueleto secado con la piel, un cadáver insepulto, que los gusanos habian abandonado porque no les ofrecia alimento alguno. Su sueño no semejaba al descanso de la vida sino la insensibilidad de la muerte; ninguna respiracion levantaba las paredes de su pecho. Díome miedo porque aquello no era hombre, ni cadáver, era la vida en la muerte! una cosa que no tenia nombre en el lenguaje humano, ni sentido en el orden divino. ¿Es esto acaso un varon? pensaba yo; ciertamente los anacoretas de la Tebáide no han ayunado ni orado mas y sin embargo no veo aquí mas que un objeto repulsivo, nada que imponga respeto, todo aquí rechaza la simpatía. ¿Qué compasion tendrá Dios de esta agonía y esta muerte anticipadas á sus decretos? ¿Qué admiracion puedo sentir, yo, hombre hácia esa vida estéril y ese corazon helado? ¡Oh! anciano que cada noche enciendes tu lámpara como un viajero precisado á salir antes de la aurora; ¿á quién pues has iluminado durante la noche, á quién has guiado durante el día, á quién ha sido útil tu larga y laboriosa peregrinacion sobre la tierra? Tú no le has dado nada de tí mismo; ni la sustancia de la reproduccion animal, ni el fruto de una inteligencia productiva, ni el tosco servicio de un robusto brazo, ni la simpatía de un corazon afectuoso.

Fiensas que Dios ha creado la tierra para servirte

de baño purificador y considerar haber hecho bastante por ella legándole tus huesos. ¡Ah! razon tienes de temer y temblar en esta hora; haces bien en estar siempre dispuesto á comparecer ante el juez. Ojalá puedas hallar en tus postrimerías una fórmula que te abra la puerta del cielo ó un instante de remordimiento que te absuelva del peor de todos los crímenes, el de no haber amado nada fuera de tí. Y hablando así me fui silenciosamente, sin querer encender mi luz en la del egoista, y desde este dia preferí mi desventura á la de los devotos.

Aunque presa de toda la fatiga y de toda la inquietud de una alma que busca un ideal, necesité muchos dias de abatimiento y de angustia para aceptar el decreto que me condenaba á la impotencia. No puede ocultárseme hoy dia, mi mal era el orgullo. Sí, creo que en todo tiempo y aun hoy mismo he sido y soy un orgulloso. Este celo ardiente de la verdad es un sentimiento laudable, pero puede llegar á ser exagerado; nos es preciso hacer uso de todas nuestras fuerzas para cultivar el campo del porvenir, pero seria indispensable tambien que cuando nuestras fuerzas no bastasen, nos diésemos por satisfechos de lo poco que hubiésemos hecho, sentándonos con la modestia del labrador al borde del zurco trazado. Esta es una leccion que he recibido amenudo del amigo celeste que me visita y de la que nunca he sabido aprovecharme. Existe en mí una ambicion de lo infinito que raya en delirio. Si hubiese vivido en el torbellino del mundo y no hubiese tenido ocasion de elevar mis miras á lo alto, habria ambicionado las conquistas y la gloria, hubiera tenido siempre á la vista la carrera de Alejan-

dro ó Carlo-magno, como he tenido la de Pitágoras y Sócrates. Hubiera codiciado el imperio del mundo haciendo quizá mucho mal. Gracias á Dios he cesado de vivir y todo mi crimen consiste en no haber podido hacer bien. Habia pensado al entrar de nuevo en el convento, rehacer mis estudios con fruto y escribir una gran obra sobre las mas altas cuestiones de religion y de filosofía, pero no tuve en cuenta mi edad y mis fuerzas. Tenia ya cincuenta años cumplidos y durante los veinte últimos habia sufrido un siglo por año. Viendo por otra parte cuan desprovisto estaba de materiales que me inspirasen entera confianza, resolví por lo menos sentar las bases y trazar el plan de mi obra, á fin de legar aquel mi primer trabajo, si posible era, á algun hombre capaz de continuarlos ó hacerlos continuar; recordóme vivamente esta idea, mi juventud y el secreto legado por mí á Fulgencio, como lo habia sido por Espiridion á este último y persuadíme que habia llegado ya la hora de exhumar aquel manuscrito, no era una vulgar ambicion, ni una fria curiosidad lo que me impulsaba, tampoco una ciega obediencia, era un deseo sincero de instruirme y de utilizar para los otros hombres, un documento precioso, sin duda alguna que versaba sobre los problemas que tanto me habian atormentado. Miraba como un deber la publicacion inmediata ó futura del manuscrito, porque bajo cualquier aspecto que considerase las extrañas relaciones que yo habia tenido con el espíritu de Hebronius, siempre me quedaba la conviccion de que durante su vida, ese hombre debió poseer extraordinarias facultades.

Por tercera vez en el espacio de veinticinco

años próximamente, emprendí pues la exhumacion del manuscrito, mas un hecho muy sencillo vino á oponerse á mis designios y por natural que aquel hecho fuera, me hundió en un abismo de reflexiones.

Proveíme de los mismos instrumentos que me habia servido la última vez, aquella que sin duda, apesar de lo largo de esta narracion, habia quedado fija en tu memoria; tambien recordarás que tenia entonces treinta años cumplidos y que tuve un arranque de delirio, una vision espantosa; bien presente tenia mi memoria aquel terrible alucinamiento, mas no temia su reproduccion; hay imágenes que el cerebro no puede ya crearse cuando ciertas ideas y ciertos sentimientos que las evocan no existen en nuestra alma. Habíame desprendido desde entonces para siempre de los lazos del catolicismo, lazos tan fuertemente apretados y tan cortos, que se necesita toda la vida para desasirse de ellos y por la misma razon imposibles de anudar una vez rotos.

Hacia una noche clara y fresca y mi salud era bastante buena, escojí precisamente semejante concurso de circunstancias, porque parecióme que el trabajo material seria bastante penoso; en esta suposicion aun me equivoqué, no pude ¿qué? ni menear la piedra del *Hic est*. Empleé tres largas horas, atacándola en todos sentidos, asegurándome de que solo estaba adherida al suelo por su propio peso, reconociendo las señales que en otro tiempo hice con mi escoplo, cuando la levanté ligeramente sin fatiga. Todo fué inútil; resistió á mis esfuerzos: bañado en sudor, extenuado por el cansancio, víme

obligado á volver á la cama, y permanecer en ella durante algunos dias postrado y quebrantado.

Este primer contratiempo no me desanimó: empecé nuevamente mi trabajo á la semana siguiente; pero falló del mismo modo. Un tercer ensayo emprendido un mes mas tarde no dió mejor resultado y desde entonces fuéme preciso renunciar á ello, pues las escasas fuerzas físicas que habia conservado me abandonaron para siempre desde aquella época. Sin duda gasté las pocas que me quedaban en esa lucha inútil contra una fosa. El sepulcro permaneció mudo, los muertos sordos, la muerte inexorable. Fui al jardín y tiré en un zarzal escoplo, palanca y triste y tranquilo volví á sentarme encima de aquella tumba que no queria entregarme sus tesoros.

Permanecí en ella hasta el amanecer perdido en mis pensamientos. El fresco de la mañana heló el sudor que inundaba mi cuerpo y quedé paralizado, perdiendo no solo el poder de obrar sino la voluntad además; no oí las campanas que señalaban los oficios, ni presté atencion alguna á los religiosos que vinieron á recitarlos: estaba solo en el universo; no habia entre Dios y yo mas que esa tumba, que ni queria recibirme, ni queria dejarme marchar imágen de mi existencia entera, simbolo que me habia vivamente herido y cuya comparacion me tenia absorto! Cuando vinieron á levantarme, como no podia moverme ni hablar, se figuraron que mi cerebro estaba aletargado como mi cuerpo. Engañábanse en esto; poseia toda mi razon; no la perdí ni un instante, mientras duró la enfermedad que siguió á aquel accidente. Inútil es decirte, Angel, que todo se achacó á casualidad

y que no se sospechó nunca lo que yo habia intentado.

Una ardiente fiebre sucedió á aquel frio mortal: sufrí mucho, pero no deliré: tuve bastante fuerza para ocultar la gravedad de mi mal á fin de que no me cuidasen mas de lo que yo queria estarlo y para que me dejasen solo. Mientras el sol brillaba en mi celda, sentíame mas aliviado, ideas mas apacibles embargaban mi espíritu, pero por la noche se apoderaba de mí una tristeza infinita; para los cerebros activos la inaccion es odiosa y el fastidio, el peor de los padecimientos acarreados por las enfermedades, me abrumaba con todo su peso haciéndome la celda insoportable. Estas paredes que me recordaban tantas agitaciones y desalientos sufridos sin llegar al conocimiento de lo verdadero, este lecho en el cual habia sufrido tantas dolencias sin conquistar la salud por precio de tantas luchas con la muerte, estos libros á quienes tan en vano habia interrogado; esos astrolabios y telescopios que no sabian mas que buscar y medir la materia, todo me sumia en un profundo desespero. ¿De qué sirve sobrevivirse á sí mismo? preguntábame yo y ¿por qué haber vivido condenado, cuando no se ha merecido? ¡Insensato, que querias con un rayo de tu inteligencia iluminar la humanidad en los siglos futuros y que ni siquiera tienes fuerza necesaria para levantar una piedra á fin de ver lo que está escrito debajo! ¡Desdichado, que durante el ardor de la juventud solo has cuidado de resfriar tu espíritu y tu corazon, los cuales se apresuran ahora á animarse cuando ha llegado la hora de la muerte! muere pues, ya que no tienes cabeza, ni brazo, porque si tu corazon abriga

la temeridad de querer vivir aun y arder en lo ideal, ese divino fuego solo servirá para consumir tus entrañas y hacer mas evidente tu impotencia y tu nulidad.

Y hablando así me agitaba en este lecho de dolor, y lágrimas de desesperacion corrian por mis mejillas. En aquel momento una voz pura dejóse oír en el silencio de la noche y me habló en estos términos:

—¿Crees no tener falta alguna que espiar, tú que te atreves á quejarte tan amargamente? ¿A quién acusas de tus males, no eres tú mismo tu mas implacable enemigo; á quién imputarás la falta de tu culpable orgullo, de ese insaciable amor de tí mismo que te ha cegado cuando podias acercarte á lo ideal por la ciencia y que te ha hecho buscar ese ideal en tí solo?

¡Mientes! exclamé con fuerza, sin pensar siquiera en preguntarme quien podia hablarme de aquella suerte. ¡Mientes! repetí, yo me he aborrecido siempre, siempre me he creído fastidioso, molesto, insoportable á mí mismo. He buscado lo ideal en todas partes, con el ardor del ciervo que en día abrasador busca la fuente: la sed de lo ideal me ha consumido y si no lo he encontrado.....

—La culpa lo tiene el ideal ¿verdad? interrumpió la voz en tono de mísera conmiseracion. Es preciso que Dios comparezca ante el tribunal del hombre y que le dé cuenta del misterio con que ha usado envolverse, mientras el hombre se tomaba el trabajo de buscarle, ¡y no llamais á esto orgullo, vosotros!

—¡Vosotros! repuse lleno de admiracion ¿quién

eres pues tú que con tal compasion miras la raza humana y que sin duda te crees exento de sus miserias?

—Soy, respondió la voz, el que tú no quieres conocer, el que has buscado siempre dó no existe.

A estas palabras, palpité mi corazón con tal violencia que parecia quererme saltar del pecho, un sudor frio cubrió todo mi cuerpo é incorporándome en el lecho, dije:

—¿Eres pues tú el que duerme debajo de la piedra?

—Me has buscado debajo de la losa contestó él y la losa se ha resistido. Debieras haber sabido que el brazo de un hombre es mas débil que la argamasa y el mármol; pero la inteligencia atreviase las montañas y el amor puede resucitar los muertos.

—¡Oh maestro mio! exclamé trasportado, te reconozco. Esa es tu voz, esa es tu palabra. Bendito seas, tú que me visitas en la hora del dolor; mas dí, ¿dónde debia buscarte, dónde te encontraré en la tierra?

—En tu corazón, respondió la voz. Dáme en él una morada, purifícale como una casa que se adorna y se perfuma para recibir á un huésped querido. Hasta entonces no puedo hacer nada por tí.

Cállóse la voz y en vano hablé yo; no me contestó ya. Estaba solo en las tinieblas y halléme tan conmovido que me deshice en lagrimas. Eché una mirada retrospectiva sobre mi vida: apesar de la amargura que destrozaba mi corazón, ví que toda ella habia sido largo combate y grandísimo error; siempre quise elegir entre mi razon y mi sentimiento y nunca tuve fuerza para imponer el uno al otro. Que-

riendo siempre apoyarme en pruebas palpables sobre bases sentadas por el hombre y no considerando suficientes esas bases, jamás tuve bastante valor ni bastante talento para saber prescindir del testimonio humano y rectificarlo con esa poderosa certidumbre que el cielo otorga á las almas grandes. No habia sabido desechar la física y geometría en aquellos casos en que destruian el testimonio de mi conciencia. Habia faltado fuego á mi corazón y por lo tanto poder á mi cerebro para decir á la ciencia: Tú eres la que te equivocas; nosotros nada sabemos, tenemos todavía que aprenderlo todo; si el camino que seguimos no nos conduce á Dios, es porque lo hemos equivocado, volvamos atrás y busquemos á Dios, porque lejos de él estamos en tinieblas y por mas que los hombres clamen que nuestra inteligencia nos ha hecho dioses á nosotros mismos, seguimos sintiendo el frio de la muerte y estamos arrastrados como astros que se extinguen y desvian del orden natural.

Desde aquel dia abandonéme enteramente á los mas ardientes movimientos de mi alma y un gran prodigio se efectuó en mí; en lugar de entibiarme moralmente con los años, sentí mi corazón vivificado y renovado, rejuvenecerse á medida que mi cuerpo se aniquilaba. Siento que la vida animal me va dejando como un vestido viejo, pero á medida que me despojo de esta envoltura terrestre, mi conciencia me revela la certeza de la inmortalidad. El celeste amigo á vuelta amenudo, mas no esperes que entre la menudencia de sus apariciones, esto es siempre un misterio para mí, misterio que no he tratado de indagar y sobre el cual me seria imposible tender la red de un frio aná-

lisis; conozco demasiado lo que se aventura en el examen de ciertas impresiones, el espíritu se hiela anatomizándolas y la impresion se borra. Aunque he considerado deber mio establecer mis últimas creencias religiosas lo mas lógicamente posible en algunos escritos de los cuales te hago depositario, me he permitido echar un poético velo sobre las horas de entusiasmo y ternura que, disipando á mi alrededor las tinieblas del mundo físico, me han puesto en relacion directa con ese espíritu superior. Hay cosas íntimas que vale mas callar que entregar al escarnio de los hombres. En la historia que he escrito de mi vida oscura y dolorosa no he hecho mencion de Espiridion. Si el mismo Sócrates ha sido acusado de charlatanismo é impostura por haber revelado sus comunicaciones con el que llamaba su génio familiar ¡cuánto mas tachado de fanatismo no lo seria un pobre monje, si confesaba haber sido visitado por un fantasma! No lo he hecho pues, ni lo haré y sin embargo yo lo explicaria sencillamente al sábio modesto y juicioso, que sin ironía y sin preocupacion quisiese penetrar en las maravillas de un orden de cosas tan antiguo como el mundo, que espera una nueva explicacion. ¿Pero dónde encontrar hoy dia un sábio de esa especie? En estos tiempos la obra de la ciencia consiste en despreciar cuánto parece sobrenatural, porque la ignorancia y la impostura han abusado demasiado tiempo de ello. Así como los hombres políticos se ven obligados á resolver con la espada, los asuntos sociales, así los hombres de estudio, para abrir nuevo campo al análisis, se ven precisados á arrojar confusa é indistintamente al fuego los libros mágicos de los hechiceros y los milagros de la

fé. Dia llegará en que habiéndose terminado la necesaria obra de la destruccion se buscará cuidadosamente entre los restos de lo pasado una verdad que no puede perderse, sabiendo separar el error de la mentira al igual que Creso reconoció en la Pitia de Delfos que le reveló sus acciones ocultas con un poder incomprendible. Quizá tú mismo llegues á ver la aurora de esa nueva ciencia, sin la cual la humanidad es inesplicable y su historia desprovista de sentido.

Todos los milagros, todos los augurios y prodigios de la antigüedad, no serán quizá á los ojos de tus contemporáneos supercherías de brujos ó terrores imbéciles autorizados por los sacerdotes. ¿No ha dado ya la ciencia explicacion satisfactoria de muchos de los fenómenos que nuestros abuelos creyeron sobrenaturales? Pues del mismo modo ciertos hechos que parecen imposibles y falaces en este siglo, tendrán tal vez solucion no menos natural y concluyente cuando la ciencia ensanche sus horizontes. En cuanto á mí aunque la palabra *prodigio* carezca de sentido para mi entendimiento, pues que lo mismo puede aplicarse diariamente á la salida del sol que á la reaparicion de un muerto; no he tratado de hacer indagaciones sobre esos difícilísimos puntos, hubiérame faltado tiempo para ello. He oido hablar de Mesmer, mas no sé si es un impostor ó un profeta; desconfio de lo que he oido referir; sus asertos son demasiado completos para un descubrimiento tan reciente. No comprendo todavía lo que se entiende por esa palabra magnetismo; te aconsejo que lo examines en su tiempo y lugar. Por lo que á mí toca, no he tenido ocasion de extraviarme en esas atrevidas proposiciones; he evi-

tado dejarme seducir por ellas: tenia que cumplir una obligacion mas terminante y exigente, la de escribir bajo la impresion de mis conversaciones con el *Espíritu* los interrumpidos fragmentos de mi eterna meditacion.

Interrumpióse aquí el padre Alejo y puso la mano encima de un libro que yo conocia muy bien por habérselo visto consultar con frecuencia, aunque con gran estrañeza mia pues me habia parecido siempre formado de hojas en blanco. Como le miraba con sorpresa, se sonrió.

—No estoy loco como presumes, prosiguió el monje; este libro está lleno de caracteres muy legibles para cualquiera que conozca la composicion química que me ha servido para escribirlos. He creido necesario tomar esta precaucion para escapar al espionaje de la censura frailuna. Te enseñaré un proceder muy sencillo por medio del cual se hacen reaparecer los caracteres trazados en estas páginas. Ocultarás este manuscrito hasta tanto que puede ser útil para algo ó para alguien, aun que ignoro si se presentará el caso. Tal cual está, incompleto, sin orden, sin concluir, no merece ver la luz pública; tal vez á tí, tal vez á algun otro toque el rehacerlo. Solo tiene un mérito el de ser la relacion fiel de una vida de angustias y la sencilla exposicion de mi estado presente.

—¿Y ese estado, padre mio, permitis os suplique me lo hagais conocer mejor?

—Lo haré en tres palabras, que resúmen para mí toda la teología, respondió el monge abriendo la primera página de su libro: *Creer, esperar, amar*. Si la iglesia católica hubiese podido conformar todos

los puntos de su doctrina con esa sublime definicion de las tres virtudes teologales, la fé, la esperanza y la caridad, seria la verdad en la tierra, la sabiduría, la justicia, la perfeccion, pero la iglesia romana se ha asestado ella misma el último golpe; ha consumado su suicidio el dia que ha echo á Dios implacable y la condenacion eterna. En ese dia todos los nobles corazones se han separado de ella y faltando á su filosofia el elemento de amor y de misericordia, la teología cristiana no ha sido mas que un juego de imaginacion, un sofisma, en el cual grandes inteligencias se han defendido inútilmente contra el testimonio interior de su conciencia; un velo para encubrir grandes ambiciones, una máscara para ocultar infamias inícuas.....

Aquí se detuvo nuevamente el padre Alejo y me observó atentamente para ver que efecto producía en mí ese anatema definitivo. Comprendíle y cojiendo sus manos entre las mías, se las apreté fuertemente, diciéndole con voz firme y con una sonrisa que debió revelar toda mi confianza.

—¿Así padre, ya no somos católicos?

—Ni cristianos, repuso él con fuerte acento, ni protestando, añadió estrechando mis manos, ni filósofos como Voltaire, Helvecio, y Diderot; ni tampoco somos socialistas como Rousseau y la Convencion francesa y sin embargo no somos ni paganos, ni ateos.

—¿Qué somos pues padre Alejo? le dije, porque vos lo habeis dicho, tenemos un alma, Dios existe y necesitamos religion.

—Una tenemos, contestó él, levantándose y extendiendo hácia el cielo sus flacos brazos con un

movimiento de entusiasmo. Tenemos la única, verdadera, la única, inmensa, la única digna de la Divinidad. Creemos en ella, es decir que la conocemos y la queremos; en ella tenemos puesta nuestra esperanza, es decir que la deseamos y trabajamos para poseerla; la amamos, es decir que la sentimos y la poseemos virtualmente, y el mismo Dios es una trinidad sublime de la que nuestra vida mortal es débil reflejo. Lo que es en el hombre es ciencia en Dios; lo que en nosotros es esperanza en el Creedor es poder; lo que aquí es caridad, es decir piedad, virtud, esfuerzo en nuestro Padre, es amor, es decir produccion, conservacion y progresion eterna. Así Dios nos conoce, nos llama y nos ama; él es quien nos revela ese conocimiento que de él tenemos; él es quien nos enseña la necesidad que de él tenemos, él es quien nos inspira ese amor en el cual ardemos y una de las mayores pruebas de Dios y sus atributos, es el hombre y sus instintos. El hombre concibe, aspira y prueba sin cesar en su esfera finita, lo que Dios sabe, quiere y puede en su esfera infinita. Si Dios pudiera dejar de ser un foco de inteligencia, de poder y de amor, el hombre se rebajaria hasta el nivel de los brutos; cada vez que una inteligencia humana ha negado la Divinidad, se ha suicidado ella misma.

—Pero, padre mio, obgeté yo, esos grandes ateos del siglo, cuyas luces y elocuencia tanto se preconizan.....

—No hay ateos, repuso el padre Alejo con calor; no, no los hay. En tiempos de investigacion y de filosofia, cuando los hombres, disgustados de los errores de lo pasado, buscan un nuevo camino

hacia la verdad, yerran por senderos desconocidos: los unos cansados se sientan y se entregan á la desesperacion; pero esa misma desesperacion, que es sino un grito de amor hacia Dios, que se oculta á sus fatigados ojos. Otros se encumbran á todas las cunas con ardiente precipitacion y en su inocente presuncion exclaman que han alcanzado el fin y que no se puede ir mas lejos. ¿Pero qué es esa presuncion y esa ceguedad sino un deseo inquieto y una impaciencia inmoderada de abrazar la Divinidad. No, esos ateos cuya gran inteligencia con razon se ensalza son almas profundamente religiosas que se fatigan ó se equivocan en su vuelo hacia el cielo. Si tras ellos se arrastran almas bajas y perversas que invocan la nada, el acaso, la naturaleza brutal para justificar sus vergonzosos vicios y sus groseras inclinaciones, todavia se rinde ahí un homenaje á la magestad de Dios. Para dispensarse de inclinarse hacia lo ideal y de sostener por medio del trabajo y de la virtud la dignidad humana, se ve la criatura forzada á buscar ese mismo ideal. Pero si una voz interior no turbase el innoble reposo de su degradacion, no se tomaría tanto trabajo en desechar la existencia de un juez supremo. Cuando los filósofos de este siglo han invocado la Providencia, la naturaleza, las leyes de la creacion, no han hecho mas que suplicar al verdadero Dios bajo estos nombres nuevos. Refugiándose en el seno de una Providencia universal y de una naturaleza inagotablemente generosa, han protestado contra los anatemas que las sectas feroces se lanzaban unas á otras, contra las monstruidades de la inquisicion, contra la intolerancia y el despotismo. Cuando Vol-

taire, á la vista de una estrellada noche, proclamaba al relojero celeste, cuando Rousseau conducia á su discípulo á la cumbre de una montaña para revelar-le la primera nocion del creador al salir el sol; aun cuando fuesen estas pruebas incompletas y miras muy cortas en comparacion de las pruebas brillantes é infalibles certidumbres que el porvenir reserva al hombre, eran á lo menos gritos del alma dirigidos á ese Dios que todas las generaciones humanas han proclamado bajo nombres diversos y adorado bajo diferentes símbolos.

—Pero esas pruebas brillantes, esas certidumbres, le dije ¿de dónde las sacaremos, si desechemos la revelacion y si el sentimiento interior no nos basta?

—No rechazamos la revelacion, repuso el padre Alejo, con viveza y el sentimiento nos basta hasta cierto punto; pero nosotros añadimos aun otras pruebas; en cuánto á lo pasado el testimonio de la humanidad entera; en cuánto á lo presente la adhesion de todas las creencias para el culto de la Divinidad y la voz elocuente de nuestro propio corazon.

—Sí, os entiendo bien, repuse, aceptais de la revelacion lo que tiene de enteramente divino, las grandes nociones sobre la Divinidad y la inmortalidad, los preceptos de amor y de virtud que de ella se derivan.

—El hombre, me contestó, arranca al cielo mismo el conocimiento de lo ideal y la conquista de las verdades sublimes que á él conducen es un pacto, un himeneo entre la inteligencia divina que busca tambien el corazon del hombre, se difunde en

él y consiente en reinar en él. Reconocemos pues maestros, sea cuál fuere el nombre con que queramos designarlos. Héroes, semidioses, filósofos, santos ó profetas podemos inclinarnos ante esos padres y esos doctores de la humanidad. Podemos adorar en el hombre investido de una alta ciencia y de una alta virtud un espléndido reflejo de la Divinidad. ¡Oh Cristo! llegará tiempo en que te levantarán nuevos altares mas dignos de tí, restituyéndote tu verdadera grandeza, la de haber sido verdaderamente el hijo de la mujer y el salvador, es decir el amigo de la humanidad, el profeta de lo ideal.

—Y el sucesor de Platon, añadí yo.

—Como Platon fué otro de los reveladores que adoramos y cuyos discípulos somos.

—Sí, prosiguió el padre Alejo despues de una pausa, como dándome tiempo para pesar sus palabras, nosotros somos los discípulos de esos reveladores, pero discípulos libres. Tenemos el derecho de examinarlos, comentarlos, discutirlos y hasta corregirlos; porque si por su génio gozan de infalibilidad de Dios, por su naturaleza participan de la impotencia de la raza humana.

—¡Nosotros, padre mio! exclamé lleno de espanto; ¿pero de dónde nos vienen esos derechos?

—De que hemos venido despues de ellos. Dios quiere que adelantemos; si hace levantar profetas es para impeler las generaciones delante de ellos, cual conviene á hombres y no para encadenarlos tras de ellos como viles rebaños. Cuando Jesús curó al paralítico no le dijo: Prostérnate y sígueme, sino: levántate y marcha.

—Pues á ¿dónde iremos á parar, padre mio?

—Iremos hácia lo porvenir, iremos cargados con lo pasado, llenos nuestros dias presentes por el estudio, la meditacion y un continuo esfuerzo hácia la perfectibilidad. Con valor sereno y humilde sacando de la contemplacion del ideal la voluntad y la fuerza, buscando en la oracion el entusiasmo y la confianza, obtendremos que Dios nos ilumine y nos ayude á instruir á los hombres cada uno segun sus fuerzas.... Las mias están agotadas, hijo mio; no he hecho lo que hubiera podido hacer, me lo ha impedido mi educacion católica. Ya te he contado cuánto tiempo me ha sido preciso, cuántas penas he sufrido para poder llegar á proclamar cerca de la tumba esta sola palabra: «Soy libre.»

—¡Pero esta palabra quiere decir mucho, quiere decir mucho querido padre! exclamé. En vuestra boca es omnipotente para mí y solo de vuestros lábios he podido oirla sin desconfianza ni turbacion. Sin esa palabra vuestra, toda mi vida hubiese sido quizá un continuo error. De vivir en este claustro, es probable que me hubiese agobiado y embrutecido bajo el yugo del fanatismo; de lanzame en el tumulto del mundo, es imposible que las pasiones humanas y las máximas de la impiedad me hubiesen extrañado. Gracias á vos, espero mi suerte con pié firme; pareceme que no puedo ya sucumbir á los peligros del ateismo y conozco que he sacudido para siempre las trabas de la supersticion.

—Y si esta palabra de mis lábios, dijo Alejo profundamente conmovido, es el único bien que he podido hacer en este mundo, esas de los tuyos son para mí recompensa suficiente. No moriré pues sin haber vivido, porque el fin de la vida es transmitir